

Las formas de constitución de las familias pobres urbanas en Uruguay: consecuencias sobre el rendimiento educativo de los niños

por Ruben Kaztman y Federico Rodríguez

“El cambio entre instituciones familiares viene acompañado de problemas críticos para el funcionamiento de la sociedad y de los individuos, en especial, para aquellos sectores sociales más deprivados, que no disponen de recursos alternativos, tanto materiales, como intelectuales y culturales.”

Carlos Filgueira, 1996

Las transformaciones que sufrieron las formas de constitución y disolución de las familias uruguayas en las últimas décadas ampliaron de manera significativa la diversidad de sus estructuras (Filgueira, 1996). Bajo el impulso del fuerte crecimiento que experimentaron las tasas de participación femenina y el consecuente colapso de un sistema familiar que reservaba el mundo doméstico para las mujeres y el mundo público para los hombres, las señales de tales transformaciones se fueron multiplicando a partir de la segunda mitad del siglo pasado. La

ruptura del sistema de aportante único (*breadwinner system*) fue acompañada por el crecimiento de los nacimientos fuera del matrimonio, de la inestabilidad de las uniones, así como de la proporción de hogares monoparentales y de personas divorciadas o separadas en el total de la población en edades reproductivas. Estos fenómenos forman parte de la llamada *segunda transición demográfica* (Lesthaeghe, 1995; Van der Kaa, 1986).

Paralelamente, los crecientes niveles de habilidades cognitivas y destrezas sociales que demandaba el funcionamiento de sociedades y economías globalizadas y organizadas en torno al conocimiento fueron planteando formidables desafíos a la capacidad de las familias para socializar a las nuevas generaciones. Para interpretar la significación de esos desafíos se debe tomar en cuenta que muchas familias tuvieron que enfrentarlos con estructuras debilitadas, no solo por las transformaciones antes mencionadas, sino también por la inercia de un Estado que canalizaba su apoyo a las funciones de reproducción biológica y social a través de los viejos *senderos institucionales*. Dicha inercia puso trabas a la identificación y provisión de servicios y subsidios que podrían haber apuntalado y contribuido a un mejor funcionamiento de los tipos de familias que iban llenando el vacío que dejaba el desvanecimiento del modelo tradicional.

Ruben Kaztman. Máster en Sociología (Universidad de Berkeley). Fue director de la Oficina de la CEPAL (Montevideo) y oficial principal de la División de Desarrollo Social de la CEPAL (Santiago de Chile). Director del Programa IPES, Universidad Católica del Uruguay.

Federico Rodríguez. Candidato a máster en Políticas Públicas (Universidad ORT). Licenciado en Sociología (Universidad Católica del Uruguay). Investigador principal del Programa IPES, Universidad Católica del Uruguay. Consultor en la ANEP. Docente de Metodología de la Investigación, Estadística e Informática en la Facultad de Ciencias Humanas de Universidad Católica del Uruguay.

Los desafíos que plantea la socialización de las nuevas generaciones bajo las nuevas modalidades de acumulación se manifiestan con particular dureza en los estratos bajos urbanos. Por un lado, porque sus oportunidades de acceso al tipo de instituciones que complementan eficazmente las pautas de crianza del hogar son menores que las de otros estratos, no solo por diferencias de medios económicos, sino también porque su creciente aglomeración territorial en la periferia de la ciudad los alejó de los servicios públicos ya constituidos. Por otro lado, y este es un punto sobre el que volveremos más adelante, porque la fecundidad media de las mujeres de baja educación mantuvo niveles relativamente elevados, con un alto peso de la maternidad adolescente. A nuestro entender, esta combinación de estructuras familiares, comportamientos demográficos y estructura de oportunidades de apoyo conforma el núcleo más significativo de los factores que explican las diferencias en cuanto a capacidad de socialización entre las familias pobres y las del resto de la sociedad urbana.

En este marco, sucesivos trabajos referidos a las familias de los estratos populares urbanos han identificado formas de su constitución que se asocian negativamente al rendimiento de los niños en las escuelas y colegios (Kaztman, 1997; Kaztman y F. Filgueira, 2001). Al tenor de las consideraciones anteriores, no es de extrañar que, aunque la evidencia sobre esas asociaciones es contundente, persistan fuertes controversias acerca de la validez de distintas interpretaciones de estos fenómenos.¹

Este documento pretende contribuir a la reducción de los espacios de ambigüedad en la interpretación de las relaciones entre familia y desempeño educativo de los niños en los estratos bajos urbanos, y procura hacerlo aportando antecedentes que amplíen las áreas de consenso en las controversias en este campo. Para ello utiliza información recogida en un estudio sobre "Infancia y familia en las 100 zonas más vulnerables del país".² Aunque los datos resultan insuficientes para investigar a fondo esas relaciones, sí nos habilitan para realizar una descripción de aspectos de la constitución de las familias pobres urbanas bastante más detallada que la que puede extraerse de la Encuesta Continua de Hogares. Apoyados en un marco analítico que hace explícitas las conexiones causales esperadas, procuraremos aprovechar ese mayor detalle para descartar hipótesis alternativas e identificar algunas de las variables que intervienen entre las supuestas causas y los supuestos efectos.

1. Síntesis del marco analítico que orientará el examen de la información disponible

Diversos estudios que hacen referencia a las relaciones entre familia y educación en Uruguay han destacado la alta proporción de familias de los estratos populares urbanos que, exhibiendo algunas de las características de la segunda transición demográfica, también mantienen comportamientos reproductivos que indican que no completaron la primera. Esa superposición no se produce en los estratos medios y altos, donde el debilitamiento de las estructuras con que las familias enfrentaron tradicionalmente los desafíos de la socializa-

¹ Lo que en algunos casos conduce a cuestionar la pregunta misma sobre las relaciones entre familia y rendimiento educativo de los niños, subrayando su carácter conservador. Véase María del Carmen Feijóo: *Comentarios al debate sobre "Nuevas dinámicas familiares y su impacto en la escolarización de los adolescentes"*, <www.siteal.iipe-oei.org>, 2005.

² El estudio forma parte de la elaboración de la línea de base para la evaluación y el diseño del sistema de evaluación del Programa Integral de Infancia, Adolescencia y Familia en Riesgo realizado por la Universidad Católica para la Presidencia de la República de Uruguay.

ción de las nuevas generaciones, además de ser menos marcado que en los estratos bajos, fue parcialmente compensado por una postergación en la edad en la que se constituye una familia y una reducción significativa en el número medio de hijos. En cambio, en los estratos bajos se mantuvo un promedio de hijos sensiblemente mayor que en los medios y altos, a lo que se sumó un aumento de la contribución de las madres en edad temprana al total de nacimientos (Paredes, 2003, págs. 84-97). El resultado fue el mantenimiento de una fuerte carga reproductiva, pero con la acentuación de algunos de los rasgos familiares (por ejemplo, constitución temprana e inestabilidad familiar) que dificultan las tareas de socialización de las nuevas generaciones.

Esa combinación de organizaciones familiares débiles y fuertes cargas reproductivas adquiere alta significación en la explicación de los rendimientos escolares de los hijos. En particular si se parte de la idea, propuesta entre otros por James Coleman (1998), de que, ante apoyos institucionales similares, el desempeño escolar de los niños será mejor cuanto mayor sea el tiempo de atención que los padres puedan dedicar al control y estímulo de los logros educativos, así como a la generación de las condiciones materiales y no materiales que lo favorecen.

En su conocido artículo "Social Capital in the Creation of Human Capital",³ James Coleman (1998) plantea esta idea en el marco de sus reflexiones sobre las relaciones entre el capital social intrafamiliar y el rendimiento educativo de los niños.⁴ A diferencia del capital social de la familia, instalado en las redes que construyen sus miembros con el resto de la comunidad, el capital social intrafamiliar está localizado en su propio tejido social, en la calidad de los vínculos que los padres establecen entre sí y con sus hijos. Recordemos que, para Coleman, el capital social representa recursos que están localizados en estructuras de relaciones sociales que son funcionalmente específicas, esto es, que siendo relevantes para un determinado propósito no lo son para otros. En nuestro caso, el conocimiento de cómo opera esta forma de capital social resultaría clave a fin de comprender los diferenciales en las capacidades de las familias para transferir activos que contribuyen a los logros educativos de las nuevas generaciones. James Coleman plantea, quizás en forma extrema, su posición acerca de la importancia de esta forma de capital social cuando afirma:

"[...] if the human capital possessed by parents is not complemented by social capital embodied in family relations, it is irrelevant to the child's educational growth that the parents has a great deal, or a small amount, of human capital" (Coleman, 1998: S 110)⁵

Sin llegar al extremo de la *irrelevancia* que plantea Coleman, es indudable que la fortaleza de los vínculos entre los miembros de la familia, potencia su capacidad para transferir

³ *American Journal of Sociology*, vol. 94, suplemento S 95-S 120, 1998.

⁴ En el *Panorama de la infancia y la familia en el Uruguay* esta idea está presente pero como un atributo de las estructuras familiares, lo que hemos llamado su *capacidad para transferir recursos a los hijos*. La conceptualización de Coleman supone un pequeño giro analítico, que tiene la ventaja de observar el mismo fenómeno como un elemento central de la configuración de activos de los niños, su capital social —cuyos niveles dependen de la utilidad para su desarrollo de los recursos que puede movilizar su familia—, así como de la naturaleza del tejido intrafamiliar donde dicho capital está localizado.

⁵ Nuestra impresión sobre el posible carácter extremo de la afirmación de Coleman se basa en que todos los intentos que conocemos de explicar diferenciales de rendimiento escolar de los niños con base en el clima educativo (capital humano) y el tipo de arreglo familiar en sus hogares muestra que el clima educativo es un determinante mucho más poderoso que el tipo de arreglo familiar; esto es, que el capital humano incorporado en los padres tiene efectos sobre los hijos aun en las situaciones en que es dable suponer que las relaciones intrafamiliares son las más débiles.

a los hijos sus distintos activos y, en particular, aquellos más intangibles, como su capital humano o su capital social. Utilizando estas ideas intentaremos caracterizar distintos tipos de familias como fuentes potenciales del capital social que pueden movilizar los niños hacia la adquisición de recursos básicos para su desarrollo y, en este caso, para su rendimiento educativo.

Desde el punto de vista de un niño, el capital social intrafamiliar puede entenderse como el producto de una ecuación que reúne los siguientes factores: la calidad y estabilidad de los vínculos que mantiene con cada uno de sus padres y con otros adultos en el hogar; el clima de convivencia en el hogar, que en gran medida es un reflejo de los niveles de armonía y de compatibilidad entre todos sus adultos y, en especial, entre los padres de los niños; y los recursos que puede movilizar cada uno de éstos en beneficio del desarrollo del niño. Detengámonos brevemente en la naturaleza de cada uno de estos factores.

La calidad de los vínculos entre el niño y cada uno de sus padres⁶ refiere a la estabilidad de su presencia; al contenido afectivo de la relación; al nivel de responsabilidad y dedicación con que los padres asumen las obligaciones inherentes a sus roles en la socialización, el cuidado y la protección de los hijos; a las modalidades concretas de las prácticas de crianza y aplicación de sanciones y recompensas; a las formas de procesamiento y solución de conflictos; y al nivel de respeto y consideración que se manifiesta en el trato diario con los hijos, lo que tendrá una incidencia directa en la robustez que adquiera su autoestima.

Los niveles de armonía en las relaciones de pareja y entre sus miembros y otros adultos del hogar son también elementos del capital social intrafamiliar relevantes para los niños. Por un lado, relaciones armoniosas entre los padres, con baja intensidad de conflicto y con estrategias consensuadas para su resolución, generan ambientes favorables para la transmisión de conocimientos, normas y valores, y ayudan a evitar disonancias que debilitarían los efectos de los mensajes que cada uno de ellos envía a sus hijos. Por otro lado, al evitar el gasto del tiempo y de las energías que usualmente insumen las desavenencias y sus secuelas, las buenas relaciones amplían los recursos que los padres pueden invertir en la crianza. Por el contrario, las tensiones que genera la exposición continua a situaciones conflictivas entre los padres suele reducir la efectividad de las relaciones que el niño establece con cada uno de ellos. Esas tensiones producen, además, un deterioro de la capacidad familiar para regular su comportamiento, y abren oportunidades para que los menores manipulen la voluntad de los padres, ya para eludir sanciones, ya para obtener recompensas por encima de los merecimientos. La mayoría de los niños están profundamente envueltos en la relación afectiva con sus progenitores, por lo que distintos grados de armonía o de conflicto en las relaciones conyugales definirán cuán propicio será ese escenario para que los hijos aprovechen los recursos que sus padres procuran transferirles.

Por último, la configuración de activos en capital físico, capital humano y capital social de los hogares provee múltiples recursos que favorecen el desempeño de los niños en las escuelas. Mucho se ha señalado acerca de las posibles vías de incidencia de esos activos en el desempeño escolar (Kaztman y Filgueira, 2001). Aquí queremos más bien subrayar el valor especial que tiene, desde el punto de vista de los hijos, un recurso instalado en la red de relaciones intrafamiliares. Se trata del tiempo que los adultos liberan de otras actividades para generar espacios en los que sus recursos se transmiten efectivamente a los niños, ya sea a través del monitoreo de sus progresos en la escuela, del apoyo a la realización de sus tareas, de la supervisión del cumplimiento de esas tareas, del control sobre

⁶ Obviaremos de aquí en adelante la referencia a los otros adultos para simplificar la exposición.

posibles “malas compañías”, del involucramiento en las actividades de los centros educativos; en suma, de todo aquello que ayuda a que los niños enfrenten con éxito los múltiples desafíos que surgen durante el proceso de aprendizaje. Cabe señalar que, más que otros recursos de los hogares, el monto total de tiempo adulto dedicado a funciones de socialización está estrechamente asociado a la forma en que está constituida la familia.⁷

Antes de pasar al análisis de estos temas con el material que proveen las bases de datos del proyecto sobre zonas vulnerables en Uruguay, conviene subrayar las limitaciones de la información disponible. En primer lugar, dicha información no fue generada para estudiar las relaciones entre las estructuras familiares y los rendimientos educativos de los niños desde un marco analítico centrado en la idea de capital social intrafamiliar. Por ende, los datos disponibles no cubren, o lo hacen débilmente, algunas de las dimensiones centrales del marco analítico que utilizamos en este trabajo. En particular, de los tres factores antes mencionados, los datos no nos permiten indagar en la naturaleza de los vínculos de los niños con sus padres y otros adultos del hogar. Lo que sí permiten es identificar características de la estructura familiar, tales como el número de adultos y el número de niños, que pueden considerarse aproximaciones razonables de la medición de las condiciones que determinan la disponibilidad de tiempo para la atención de cada uno de ellos. También permiten elaborar algunas medidas aproximadas de los niveles de armonía en las relaciones entre los miembros de la pareja. En segundo lugar, y como nota de cautela general en la interpretación de los resultados de este ejercicio, debemos subrayar la dificultad implícita en el intento de identificar, sobre la base de asociaciones cristalizadas en una fotografía que se toma en la actualidad, los determinantes de comportamientos que, como el rendimiento educativo, son producto de la acumulación de éxitos y fracasos escolares a lo largo de las etapas de la vida que estos niños ya cubrieron. Aquellas configuraciones familiares que resultaron cruciales para que el menor quedara rezagado en algún momento de su escolaridad no necesariamente coincidirán con las que se observan en el momento del análisis.

Dadas estas limitaciones, en el documento se sugieren, cuando vienen al caso, algunas de las líneas de investigación que será necesario transitar para seguir avanzando en la clarificación de las relaciones entre familia y logros educativos de los niños.

2. Las variables a examinar

2.1. La extraedad

Para analizar los efectos de las estructuras familiares sobre el rendimiento educativo de los niños utilizaremos un indicador de extraedad. Este indicador mide la proporción de niños de 7 a 14 años cuyas edades están por lo menos un año por encima de los años de estudio

⁷ Cuando se trata de la significación para los niños de los activos familiares en capital humano se deben hacer algunas consideraciones especiales. Mientras los activos en capital físico y social suelen formar parte del *pool* de recursos familiares (aun cuando puede haber grandes variaciones en cuanto a la igualdad o desigualdad en el control de esos recursos por uno u otro de los miembros de la pareja), cuando se trata de la transmisión de contenidos mentales, como en el caso de los activos en capital humano, cada miembro de la pareja hace un aporte singular. De ahí que los contenidos que efectivamente se transmiten a los niños y que hacen al desarrollo de habilidades cognitivas, destrezas sociales, hábitos de trabajo y motivaciones de logro educativo no son independientes de las diferencias en el tiempo de dedicación y en los tipos y niveles de recursos humanos que controla cada uno de los cónyuges.

que normalmente se espera que hayan completado a esas edades. A diferencia del rezago escolar, se refiere a toda la población de esa categoría de edad y no solo a la que permanece en el sistema educativo.

Hay dos razones para preferir este indicador. La primera es que, al agregar las situaciones de deserción y rezago, el indicador de extraedad sintetiza los posibles efectos de las transformaciones familiares sobre los logros educativos de los adolescentes. La segunda es que permite acomodar la información que se presenta a nuestra capacidad de análisis. Los instrumentos analíticos con que contamos para analizar las relaciones entre la organización familiar y los logros educativos no son muy precisos. Solo disponemos de algunas hipótesis, por otra parte muy controvertidas, que afirman la existencia de una relación entre los diferentes tipos de organización familiar y el rendimiento general de los niños y adolescentes en su trayectoria educativa, pero que no discriminan entre las dimensiones de la familia que se relacionan con la deserción y aquellas que se relacionan con el rezago. En suma, con los datos de extraedad estamos simplemente presentando la información sobre los logros educativos de los niños de un modo que reconoce las limitaciones de nuestras herramientas conceptuales.

2.2. Presencia de los padres en el hogar y rendimiento educativo de los niños

Una de las hipótesis simples que relaciona la presencia de los padres con los rendimientos educativos de los hijos apunta a ciertos atributos de la organización familiar que inciden en la probabilidad de que éstos dispongan de mayor o menor tiempo de atención de los padres. En ese sentido, se argumenta que, manteniendo otras variables constantes, para el niño es mejor la presencia de ambos padres que la de solo uno, y que la presencia de uno de ellos es mejor que la de ninguno. Si tomamos como indicador de rendimientos educativos el porcentaje de niños que tienen al menos un año de rezago con respecto a los años de educación completados que normalmente se esperarían a su edad, los datos del cuadro 1 apoyan la hipótesis que relaciona la presencia de los padres con el rendimiento de los hijos.⁸

Cuadro 1. Porcentaje de niños de 7 a 14 años con al menos un año de extraedad por presencia de los padres y clima educativo del hogar*

Presencia de padres biológicos	Clima educativo del hogar		Total
	Hasta 6 años	Más de 6 años	
Ningún padre	65,0 (60)	50,0 (42)	58,8 (102)
Un padre	49,2 (490)	34,9 (538)	41,7 (1028)
Ambos padres	40,9 (804)	25,7 (1333)	31,4 (2137)
Total	45,0 (1354)	28,9 (1913)	35,5 (3267)

Fuente: Elaboración propia utilizando la base de datos del Programa Infancia y Familia.

* El clima educativo refiere al promedio de años de estudio de las personas de 18 años y más en el hogar.

Como se observa, las diferencias más marcadas se dan con los niños que no viven con ninguno de sus padres. Aun cuando solo alrededor de un 3% de los niños de la muestra

⁸ Aun cuando no tenemos información sobre en qué momentos de sus ciclos de vida y por cuánto tiempo los niños han estado expuestos a uno u otro de estos arreglos familiares.

son afectados por esas situaciones, el nivel de extraedad encontrado es más que suficiente para encender una señal de alerta a los responsables de las políticas educativas sobre la especial consideración que merecen estas situaciones de riesgo.⁹

En cuanto a las diferencias entre las familias con uno o ambos padres biológicos, resulta claro que el cuadro anterior simplifica las situaciones. Si lo que importa es capturar la complejidad de los arreglos familiares que favorecen u obstaculizan el nivel de atención que los adultos dedican a los niños, es conveniente tomar ciertas precauciones.

Primero, debemos tomar en cuenta que la atención que recibe cada niño depende en buena medida no solo del número de adultos, sino también del cociente entre el número de niños y el número de adultos en cada hogar, lo que alude a una suerte de *tasa de dependencia*. Coleman argumenta que, cuanto mayor es el número de hermanos, más se diluye la atención de los padres sobre cada uno de ellos, idea consonante con su hallazgo de que, a más hermanos, mayor deserción del *high school* (Coleman, 1998). En nuestro caso encontramos que la asociación entre el cociente niños/adultos y el indicador de extraedad es estadísticamente significativa (coeficiente Chi cuadrado: 65,2 para N = 3267).

Segundo, también debemos reconocer que, en el caso de la presencia de solo un padre biológico en el hogar —que en más del 90% de los casos son mujeres—, este se puede encontrar en situaciones bien distintas: puede residir solo con sus hijos, con ellos y parientes o no parientes, o con ellos en una familia reconstituida con una nueva pareja, la que puede aportar o no sus propios niños. Es razonable esperar que cada una de estas situaciones produzca resultados distintos en cuanto a la probabilidad de que los niños reciban altos o bajos niveles del tipo de atención y estímulo que tiene efectos sobre su rendimiento académico (véase Teachman, 1997: 3). De hecho, los porcentajes de niños expuestos a cada una de estas configuraciones familiares con problemas de extraedad son más bajos entre los que viven en hogares extensos (35,6%) y mayores entre los que residen solo con su madre o padre biológico (44,7%) o entre los que forman parte de una familia reconstituida (45,5%).

Tercero, el número relativo de niños en el hogar puede afectar su rendimiento educativo no solo a través de la cuota parte de atención que cada uno de ellos recibe de los adultos, sino también porque la cantidad de niños se encuentra asociada por lo menos a otras dos variables que afectan el rendimiento. Por un lado, a las condiciones de hacinamiento en la vivienda y a la consecuente accesibilidad a los espacios privados que facilitan el estudio o la concentración en las tareas escolares. Por otro, a los ingresos per cápita del hogar, puesto que, cuanto más niños, menores serán esos ingresos y mayores las probabilidades de que el hogar se ubique por debajo de la línea de pobreza. Sin duda, el hacinamiento y la pobreza reducen la capacidad familiar para cumplir un rol complementario a la escuela en pro del desarrollo educativo de los niños.

Si bien no contamos en nuestra encuesta con información para medir el ingreso per cápita de los hogares, el cuadro 2 analiza las variaciones en el porcentaje de hijos con extraedad controlando el resto de las variables antes mencionadas. La variable *hacinamiento* dicotomiza la población de los niños de 7 a 14 años entre quienes viven en viviendas con hasta 2 o menos y más de 2 personas por habitación (excluyendo baño y cocina).

⁹ S. McLanahan y G. Sandefur: *Growing up with a single parent: what helps, what hurts*, Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 1994. Los autores encuentran importantes efectos de la falta de ambos padres biológicos sobre los niños.

Cuadro 2. Porcentaje de niños de 7 a 14 años con al menos un año de extraedad por tipo de arreglo familiar, estado civil, clima educativo del hogar, hacinamiento y cociente entre el número de niños y el número de adultos en el hogar*

<i>Promedio de años de estudio de adultos</i>	<i>Hacinamiento (personas por habitación excluyendo baño y cocina)</i>	<i>Cantidad de menores por adulto</i>	<i>Ambos padres biológicos</i>	<i>Un padre biológico más parientes</i>	<i>Solo un padre biológico (monoparental)</i>	<i>Madre o padre biológico o más (Reconstituido)</i>	<i>Total</i>
Bajo (hasta 6 años)	Alto (más de dos personas)	Más 1,5	53	64	62	76	58
		Hasta 1,5	39	53	***	45	42
		Total	48	59	59	59	52
	Bajo (menos de dos personas)	Más 1,5	40	39	44	56	42
		Hasta 1,5	35	29	43	46	35
		Total	36	32	44	49	38
Alto (más de 6 años)	Alto (más de dos personas)	Más 1,5	36	***	48	51	38
		Hasta 1,5	23	30	***	31	28
		Total	30	28	53	41	33
	Bajo (menos de dos personas)	Más 1,5	38	38	32	32	35
		Hasta 1,5	23	30	35	38	25
		Total	24	31	33	36	27
TOTAL			31,4	35,6	44,5	45,6	34,8

Fuente: Elaboración propia utilizando la base de datos del Programa Infancia y Familia.

*** No se han tomado en cuenta los casilleros con frecuencias menores de 20 casos.

Los resultados del examen de las cifras del cuadro 2 se resumen en los puntos siguientes.

1. De la lectura de los datos de la última columna se desprende, en primer lugar, que cuando controlamos el clima educativo y el nivel de hacinamiento del hogar se mantiene la asociación entre las variaciones del cociente niños por adulto y las de los porcentajes de extraedad. Habida cuenta de la estrecha relación del ingreso per cápita del hogar con el cociente niños/adultos, para descartar un posible carácter espurio de estas concomitancias quedaría por controlar dicho ingreso. Como los datos sobre ingreso recogidos en la encuesta resultan poco confiables, en el cuadro 3 utilizamos el nivel de equipamiento del hogar como una medida aproximada. Como se observa, las diferencias de rendimiento escolar entre los niños que viven en hogares con diferentes cocientes niños/adultos se mantienen aun cuando se controlan tanto el nivel de hacinamiento como la amplitud del equipamiento del hogar.

Cuadro 3. Porcentaje de niños de 7 a 14 años con al menos 1 año de extraedad por hacinamiento, equipamiento y cociente entre el número de niños y adultos en el hogar

<i>Cantidad de menores por adulto</i>	<i>Hacinamiento (personas por habitación excluyendo baño y cocina)</i>					
	<i>Alto (más de dos personas)</i>			<i>Bajo (dos personas y menos)</i>		
	<i>Bajo equipam.</i>	<i>Alto equipam.</i>	<i>Total</i>	<i>Bajo equipam.</i>	<i>Alto equipam.</i>	<i>Total</i>
Más de 1,5	52 (417)	45 (196)	50 (613)	40 (288)	38 (230)	39 (518)
Hasta 1,5	39 (299)	28 (188)	35 (487)	30 (527)	29 (1122)	29 (1649)
Total	47 (716)	37 (384)	43 (1100)	33 (815)	31 (1352)	32 (2167)

Fuente: Elaboración propia utilizando la base de datos del Programa Infancia y Familia.

2. Consideremos a continuación los datos de cada una de las filas del cuadro 2, comenzando por los hogares que presentan las configuraciones más deficitarias de activos en capital humano (educación) y en capital físico (hacinamiento). Los hogares con clima educativo bajo, hacinamiento alto, y con más de 1,5 niños por adulto son los que muestran los porcentajes más altos de extraedad (58%). El tipo de arreglo familiar también parece tener incidencia en el desempeño educativo: el contexto más negativo es el de las familias reconstituidas.
3. Cuando la carga de la reproducción se hace menor (segunda fila), todos los indicadores de extraedad se reducen con respecto al caso anterior. Los niños que conviven con ambos padres biológicos exhiben las proporciones más bajas de extraedad, y los que lo hacen con solo un padre biológico en familias extensas, las proporciones más altas.
4. Si consideramos ahora las filas 4 y 5, que se distinguen de las anteriores por la ausencia de problemas de hacinamiento, observamos que, a similar peso de la carga reproductiva por adulto, los efectos negativos sobre el desempeño escolar se manifiestan con mayor intensidad en las familias reconstituidas, al igual que en las filas previas. Es interesante observar que, en ausencia de problemas de hacinamiento, la convivencia de los núcleos familiares monoparentales con otros parientes formando hogares extensos parece tener efectos positivos sobre el rendimiento educativo infantil, hipótesis que seguiremos explorando más adelante.
5. Las filas 7 y 8 corresponden a hogares con más recursos humanos que los anteriores, pero con más problemas de hacinamiento. Entre éstos también encontramos un mayor porcentaje de niños con problemas de extraedad en las familias reconstituidas y los menores porcentajes en las familias con padre y madre original. Las frecuencias insuficientes impiden observar el efecto de los hogares extensos en los niños de núcleos familiares monoparentales, aunque las cifras que totalizan las frecuencias parecen indicar que la convivencia con otros parientes tiene en estos casos efectos beneficiosos para su rendimiento escolar. En los casilleros para los cuales hay cifras disponibles sigue manifestándose el efecto negativo de una mayor carga reproductiva.
6. Las filas 10 y 11 cubren a los niños que forman parte de los hogares que respecto al resto de la muestra exhiben la mejor configuración de activos en recursos humanos y en capital físico. En este caso, la asociación negativa general entre nivel de la carga reproductiva del hogar y rendimiento escolar de los niños muestra 10% más de extraedad entre los que residen en hogares con mayor carga reproductiva. Pero esa relación deviene espuria cuando se controla por tipo de arreglo familiar: aun cuando se mantiene en dos de ellos (ambos padres biológicos y núcleos monoparentales en hogares extensos), en los otros dos la relación se invierte o pierde significación (monoparentales en hogares nucleares y reconstituidos).
7. También en este contexto aparece el único caso en que los niños de familias reconstituidas no muestran los porcentajes mayores de extraedad. A nuestro juicio, los cambios en las relaciones que se observan en este nivel de recursos familiares sugieren una hipótesis interesante para explorar en futuras investigaciones. Si asumimos que a las configuraciones de activos relativamente más robustas se les puede atribuir una mayor capacidad para anticipar los posibles efectos disruptivos de la reconstitución de familias sobre los niños, los cambios de tendencia antes señalados podrían estar indicando la existencia de umbrales a partir

de los cuales aumenta la proporción de hogares que asumen una posición proactiva, que busca neutralizar los eventuales efectos negativos de la nueva situación familiar. Esto es, disponiendo de opciones materiales y de recursos humanos para actuar en consecuencia, los adultos procurarán orientar su aplicación de modo de compensar o neutralizar los riesgos que plantean para el desarrollo de sus hijos las estructuras familiares vulneradas por la ausencia de uno de los padres biológicos o por su sustitución por otra persona.¹⁰

8. Por último, es importante subrayar que de la lectura de los datos del cuadro 2 se desprende que cada una de las variables consideradas —esto es, las configuraciones de activos de los hogares, sus cargas reproductivas y las formas en que se constituyen las familias— parece agregar elementos de explicación a las variaciones en los rendimientos escolares de los niños en los sectores urbanos más vulnerables. Así, mientras que las proporciones de niños con extraedad se mantienen bajas (23%) entre los hogares que exhiben configuraciones de activos en capital humano y en capital físico relativamente altos, bajas cargas reproductivas y arreglos familiares que les permiten convivir con ambos padres biológicos, esas proporciones más que se triplican (76%) entre los hogares que muestran carencias en sus configuraciones de activos, altas cargas reproductivas y donde los niños viven en hogares reconstituidos.

Nuestra impresión es que las cifras recién analizadas prestan suficiente respaldo empírico al argumento que atribuye alta significación a los comportamientos demográficos y a la carga reproductiva de los hogares pobres urbanos en la explicación de los logros educativos de las nuevas generaciones. En lo que sigue nos detendremos más en el significado de las transformaciones de la estructura familiar que caracterizan a la segunda transición demográfica.

3. Características de algunas estructuras familiares y extraedad en los hijos

Numerosos trabajos han documentado las tendencias de esas transformaciones en el país (C. Filgueira, 1996; Kaztman, 1997; Kaztman y F. Filgueira, 2001; Cabella, 2003; Paredes, 2003). En síntesis, se puede afirmar que se produjo una significativa reducción en el peso relativo de los matrimonios originales con hijos, y que ese fenómeno alimentó el crecimiento de hogares monoparentales principalmente compuestos por una madre con sus hijos, de hogares extensos que albergan hogares monoparentales, y de hogares reconstituidos que en la gran mayoría de los casos —especialmente en los estratos bajos urbanos— se constituyen como uniones consensuales donde uno o ambos miembros de

¹⁰ Las reacciones de adultos que procuran compensar con mayor dedicación de tiempo a sus niños los posibles efectos negativos de cambios en la estructura familiar resultan similares a las respuestas de los padres y madres que trabajan con respecto a las horas que dedican a la atención de sus hijos. En un estudio realizado a mediados de la década de los noventa en una comunidad obrera del este de Londres, se encontró que las familias en las que padres y madres tenían empleos remunerados dedicaban más horas a estar con sus hijos, tanto en los días hábiles como en los fines de semana, que los padres en familias tipo *breadwinner system*. M. O'Brien y Deborah Jones: "Children, parental employment and educational attainment. An English case study", en *Cambridge Journal of Economics*, n° 23, 1999, pp. 599-621.

la pareja aportan sus hijos a la nueva familia. Veamos algunas de las características de cada uno de estos tipos de hogares.

3.1. Los hogares monoparentales constituidos por una madre y sus hijos

El 12% de los niños de entre 7 y 14 años de la muestra vive con solo un padre biológico, que en la gran mayoría de los casos (91,6%) es la madre. Existen fundadas razones para argumentar que, comparados con otros hogares, los monoparentales con jefatura femenina, además de no contar dentro del hogar con la ayuda de otros adultos para atender las demandas cotidianas de las tareas de crianza, suelen manejar menos recursos que otros hogares. La escasez de recursos explica gran parte de las dificultades que enfrentan esas madres para prestar a sus hijos la atención y el apoyo necesarios, aunque no suficientes, para un buen desempeño educativo. Esto es, más que la disponibilidad de tiempo que tienen los adultos para la crianza o la intensidad con que se dediquen a esas actividades, las diferencias de logros educativos entre niños que provienen de hogares monoparentales con respecto a sus pares con otra constitución familiar parecen reflejar el hecho de que los primeros cuentan con menos generadores de ingresos potenciales y, por esa razón, están más expuestos a situaciones de pobreza. A ello se agrega el hecho que, para un mismo nivel de educación, los ingresos medios femeninos son sistemáticamente inferiores a los de los hombres. Argumentos de este tipo apuntan a que no sería la monoparentalidad en sí misma, sino las carencias de ingreso, o las dificultades de acceso a servicios de apoyo privados, las que explicarían el menor desempeño educativo que en los estratos populares urbanos muestran los niños de esos hogares respecto a los hogares con presencia de ambos padres.

De manera similar se puede argumentar que los recursos en capital social de los monoparentales son menores que los del resto de los hogares. Esto sería así porque la ausencia de uno de los padres priva a la familia —o debilita la eficacia— de los contactos construidos en torno a él, y de los recursos potencialmente movilizables a través de las redes comunitarias, políticas o laborales en las que éste hubiera participado.

De tal modo, con relativamente menor capital físico y social, y con menor número de adultos que puedan hacerse cargo del cuidado de los hijos, los hogares monoparentales estarán más expuestos que otros hogares a las tensiones que suelen afectar a familias asediadas por necesidades básicas insatisfechas. A su vez, esas tensiones reducen la disponibilidad de los adultos para atender las demandas específicas que plantea la escolaridad de los menores. La desventaja de los hogares monoparentales en los estratos populares urbanos radicaría fundamentalmente entonces en las limitaciones de su configuración de activos en relación con los restantes tipos de hogares.

3.2. Los núcleos familiares monoparentales en hogares extensos o compuestos

Otro 10,3% de los niños de la muestra en ese grupo de edad vive con uno de sus padres biológicos más otros parientes y/o no parientes. Los núcleos familiares monoparentales de escasos recursos suelen ganar en seguridad y protecciones cuando se incorporan a (o permanecen en) hogares extensos o compuestos. Con respecto a la socialización de sus hijos, existe la posibilidad de encontrar en esos casos apoyos en parientes o amigos que residen en el mismo hogar, lo que debería tener algún reflejo en los indicadores de logros educativos. Pero hemos visto que las cifras del cuadro 2 no resultan concluyentes a este

respecto. El apoyo de personas en el hogar que no forman parte del núcleo familiar de los niños no parece reportar beneficios que se reflejen en sus logros, particularmente en los casos de hogares hacinados y con bajos recursos humanos. Además, la lectura de los datos sugiere que parte de las posibles ventajas de contar con otros adultos en el hogar ya están incorporadas en el cociente niños/adultos, lo que conduciría a suponer que la mayor parte de la contribución del hogar extenso a los procesos de socialización de niños en núcleos familiares monoparentales pobres se canaliza a través del número de adultos que les pueden prestar atención.

Sin embargo, cabe considerar que los núcleos monoparentales no forman un todo homogéneo. Cada uno de ellos es el resultado de trayectorias conyugales diferentes. Sobre ese supuesto, el cuadro 4 agrega un matiz a la discusión de los efectos de las situaciones de monoparentalidad. En el cuadro se busca analizar la asociación entre la historia de las situaciones conyugales a las que han estado expuestos los jefes de núcleos monoparentales, y muy probablemente sus hijos, y las variaciones en el desempeño educativo de éstos.¹¹ Los datos no permiten diferenciar las madres que han estado casadas de las que han cohabitado con el padre de sus hijos, puesto que muchas de las que declaran estar *separadas* se encuentran, de hecho, esperando la resolución de un trámite de divorcio, trámite que en Uruguay puede demorar muchos años cuando se carece de recursos para contratar un abogado. Por ello el cuadro 4 agrupa a separadas y divorciadas en una misma categoría. Para poner a prueba los efectos de la presencia de otros adultos en el hogar, desagregamos las trayectorias conyugales de las madres jefas de núcleos familiares tomando en cuenta si éstas formaban parte o no de hogares nucleares o no nucleares en el momento de la encuesta.

Cuadro 4. Porcentaje de niños de 7 a 14 años con al menos un año de extraedad que viven con su madre en hogares monoparentales, según situación conyugal de la madre y tipo de hogar

<i>Situación conyugal de la madre jefa de núcleo familiar</i>	<i>Hogar nuclear</i>	<i>Hogar no nuclear</i>	<i>Total</i>
Viuda	37,2 (43)	27,6 (29)	33,3 (72)
Soltera	56,1 (66)	29,8 (124)	38,9 (190)
Divorciada o separada	43,2 (243)	38,5 (161)	41,3 (404)

Fuente: Elaboración propia utilizando la base de datos del Programa Infancia y Familia.

En primer lugar, corroboramos que, cualquiera sea la razón por la cual la madre ha dejado de convivir con el padre biológico de sus hijos, la presencia de otros adultos en el hogar parece compensar de manera parcial los efectos negativos de dicha ausencia sobre el desempeño escolar, posiblemente porque, como se señaló más arriba, esos adultos significan más personas en el hogar que en forma cotidiana pueden cuidar y proteger al niño y transferirle recursos en capital humano y en capital social. Segundo, en el caso de los núcleos monoparentales con madres viudas, llama la atención que los hijos muestren un desempeño escolar mejor que el del resto, comportamiento que, por otra parte, ya ha sido señalado en

¹¹ Dado que el escaso número de hombres en los núcleos familiares monoparentales (N = 59) no permite una desagregación por situación conyugal, en el cuadro 4 se consideran solo las situaciones conyugales de las madres (N = 666).

otros estudios. Al respecto, cabe señalar que, a diferencia de los casos de separadas, divorciadas o solteras, la monoparentalidad de las viudas no es una consecuencia de conflictos o incompatibilidades de pareja o del alejamiento voluntario de uno de los padres biológicos. De modo que, la constatación de este hecho sugiere posibles implicaciones sobre el rendimiento educativo del niño, del tono general de las relaciones familiares y, quizás muy especialmente, de las certidumbres que éste experimenta con respecto a la estabilidad de las figuras paternas, y nos lleva a preguntarnos qué es lo que podemos avanzar con los datos disponibles en la investigación del efecto de la calidad de dichas relaciones sobre la escolaridad.

3.3. La inestabilidad en las familias

Aproximadamente uno de cada ocho niños (12,6%) de entre 7 y 14 años vive con un padre biológico unido o casado con otra persona que puede haber aportado o no hijos propios a la pareja. El cuadro 2 muestra que, con excepción de los hogares que exhiben las configuraciones de activos más robustas, ese tipo de arreglo está asociado a los peores rendimientos educativos. Estos resultados coinciden con los que presenta Carlos Filgueira (1996) para el inicio de la década de los noventa.¹²

La gran mayoría de las familias reconstituidas de la muestra se basan en una unión consensual. Ello puede deberse a las dificultades antes mencionadas para tramitar un divorcio entre personas con escasos recursos, pero también al hecho de que, en los estratos sociales con mayores carencias, muchos de estos arreglos representan más bien formas de unión transitoria, altamente inestables y fuertemente influidas por las dificultades que encuentran las personas con bajas calificaciones para encontrar un lugar en mercados de trabajo crecientemente exigentes. En esas condiciones, muchos hombres serían renuentes a formalizar en un contrato de matrimonio sus responsabilidades por el mantenimiento económico de un hogar, y muchas mujeres serían también renuentes a legalizar una unión con hombres cuya contribución al hogar es incierta.¹³ De este modo, lo que aparece como familia reconstituida encubre en muchos casos las peores formas de monoparentalidad, donde una mujer sola con hijos atraviesa períodos de distinta duración en pareja con hombres que, por sus conductas anómicas y su evasión de las responsabilidades familiares, representan una carga antes que un aporte al bienestar del hogar. Aun en sectores de la sociedad en los que la consensualidad es una forma de unión conyugal tradicional, es posible que la elevación de las incertidumbres que provoca la actual crisis del mundo del trabajo se refleje en un aumento de la inestabilidad en este tipo de arreglo familiar.

Los datos que estamos analizando permiten clarificar parcialmente algunas controversias generadas alrededor de las relaciones entre consensualidad y logros educativos de los niños, que cuestionan el significado mismo de la asociación entre esas dos variables. Dicha asociación se interpreta usualmente en términos de la menor estabilidad que exhiben las uniones consensuales con respecto a los matrimonios.

En la medida en que hace posible distinguir familias en las que los hijos conviven con ambos padres biológicos en unión consensual, de aquéllas en las que un padre o una

¹² Filgueira: op. cit.

¹³ Véase W. Cabella y A. Vigorito: "Los hombres y sus incertidumbres", en *Cotidiano Mujer* n° 38, Montevideo, 2002. A la incertidumbre del aporte masculino se pueden agregar las desventajas asociadas con el hecho de que, en Uruguay, la disolución de uniones consensuales parece aparecer a la mujer menos problemas con la tenencia de los hijos que la disolución de matrimonios.

madre biológica se han unido consensualmente con una nueva pareja, la encuesta nos permite categorizar a los niños en función de su exposición a situaciones de inestabilidad familiar. En el primer caso, parece razonable suponer que la gran mayoría de los niños, que en este caso tienen entre 7 y 14 años, han convivido con sus padres biológicos desde el nacimiento y por ende han estado expuestos a un contexto familiar muy estable.¹⁴ En cambio, en las familias reconstituidas, que conforman aproximadamente un cuarto de las uniones consensuales en la muestra, los niños han pasado por experiencias de inestabilidad en algún momento de sus vidas. De modo que, en la medida en que la inestabilidad sea el factor principal en la explicación de los logros escolares relativamente deficitarios que muestran los niños con padres en unión consensual, cabría esperar que dicha asociación desapareciera cuando se trata de familias originales y se acentuara cuando se trata de familias reconstituidas.

El cuadro 5 permite avanzar en esa clarificación. Allí se presenta el porcentaje de niños de 7 a 14 años con extraedad según distintos tipos de arreglos familiares, controlando por los años de estudio promedio de los mayores de 18 años en el hogar.

Cuadro 5. Porcentaje de niños de 7 a 14 años con extraedad en núcleos familiares con jefe y cónyuge, según presencia de padres biológicos, tipo de unión conyugal y clima educativo del hogar*

<i>Clima educativo del hogar</i>	<i>Ambos padres biológicos</i>		<i>Un padre biológico</i>
	<i>Casados</i>	<i>Unión consensual</i>	<i>Reconstituido unión consensual</i>
Bajo	40 (265)	43 (194)	62 (50)
Alto	23 (532)	31 (181)	37 (62)
Total	29 (797)	37 (375)	48 (112)

Fuente: Elaboración propia utilizando la base de datos del Programa Infancia y Familia.

* No hemos incluido en el cuadro los casos de familias reconstituidas donde jefe y cónyuge están casados, porque las frecuencias eran muy bajas como para sacar conclusiones de la comparación con los restantes casos.

Como se puede observar, entre las familias consensuales con bajos recursos humanos, los porcentajes de niños con pobres rendimientos educativos son mayores en las reconstituidas que en las originales. En estas últimas, el rendimiento de los niños no parece variar mucho según se trate de parejas casadas o unidas. Estos resultados sugieren que la inestabilidad familiar es un factor importante en el rendimiento educativo de los niños que forman parte de hogares con fuertes carencias en sus configuraciones de activos. Probablemente a ello contribuya, como se señaló, que muchas de las familias que se clasifican como *reconstituidas en unión consensual* ocultan las peores formas de monoparentalidad.¹⁵

¹⁴ Por cierto, las uniones consensuales que muestran esa estabilidad son solo una selección (cuya proporción desconocemos) de todas aquellas que habiendo comenzado como uniones consensuales se fueron desmembrando, y sus miembros aparecen ahora en algunas de las otras categorías de estado civil.

¹⁵ Los datos anteriores resultan útiles para aclarar algunas interrogantes planteadas recientemente acerca de esta asociación por Wanda Cabella (2003), quien en un cuidadoso artículo sobre los efectos del divorcio en los niños pone en cuestión hallazgos de Carlos Filgueira —que apuntan en la misma dirección que los aquí expuestos—, con base en el escaso número de casos sobre los que se apoyan esos hallazgos. Los datos del cuadro 5, así como los del cuadro 2, ayudan a dilucidar la cuestión corroborando los hallazgos de Filgueira con más variables de control y con suficiente número de casos en cada uno de los casilleros.

También es de hacer notar que, si bien el control de la estabilidad conyugal prácticamente neutraliza las diferencias entre parejas casadas o unidas en los hogares con ambos padres biológicos y bajo clima educativo, no pasa lo mismo cuando se eleva el nivel de recursos humanos del hogar. En esos casos, si bien el control de la inestabilidad reduce las diferencias entre los rendimientos educativos de hijos de parejas casadas o unidas, no las elimina, lo que parece indicar la presencia de otros factores en las uniones consensuales que frenan los logros escolares de los niños, pero cuyas características no estamos en condiciones de identificar con los datos disponibles.

Lo anterior nos lleva a preguntarnos qué puede significar para los niños la experiencia de convivencia en una familia reconstituida. Dado que en todas ellas nos encontramos con procesos de disolución de núcleos familiares y formación de otros, es posible conjeturar acerca de posibles efectos sobre los hijos en varias dimensiones. Los puntos que se mencionan a continuación son sólo una apretada síntesis de las que a juicio de los autores pueden ser las fuentes de tensión potencial más frecuentes.

En primer lugar, la familia reconstituida supone un posible *efecto ausencia* de uno de los padres biológicos. Esta situación tendrá distinto peso en el desarrollo psicológico del niño según en qué etapa del ciclo de vida ocurra. Como es el caso con muchas madres solteras, puede suceder que el niño no haya tenido oportunidad de tener contacto con su padre, lo que plantea interrogantes sobre las posibles consecuencias de la ausencia de una figura paterna, o de eventuales discriminaciones del medio a niños no reconocidos por sus padres biológicos, las que incluso podrían transmitirse a través de sus grupos de pares.

En segundo lugar, como parte del proceso de disolución de la familia original y del quiebre o debilitamiento de un vínculo afectivo ya construido, el niño puede experimentar un *efecto abandono* que, al poner en cuestión su merecimiento de afecto, devalúa su imagen propia. La intensidad del sentimiento de abandono probablemente sea mayor cuanto más extenso haya sido el período de convivencia con el progenitor ausente y cuanto mayor sea la distancia que éste establezca con la familia original tras su alejamiento, distancia que, por lo general, se acentúa cuando el ausente forma otra familia, con sus propias demandas de atención.

En tercer lugar se puede señalar un *efecto conflicto* derivado del deterioro del clima de convivencia familiar que suele preceder a los procesos de separación o divorcio. Las consecuentes tensiones, además de desviar al menos parte de la atención que los adultos pueden dedicar a su papel en el aprestamiento educativo, también debilitan el nivel de concentración que los hijos pueden prestar a sus obligaciones escolares.

Cuarto, es posible que también actúe un *efecto competencia*. Una vez que se establece la familia reconstituida, la presencia de una figura que sustituye al progenitor ausente abre para el niño un espacio de competencia por la atención del padre o la madre biológica presente en el hogar, la que puede exacerbarse con la incorporación de otros niños, cada uno de los cuales demandará una cuota parte de atención de los adultos. Aun en los casos en que la nueva pareja exhiba una alta sensibilidad ante la situación que experimentan los niños y una consecuente buena disposición a contribuir en las actividades de crianza, esa persona podrá ser percibida por los niños como un sustituto ilegítimo de un progenitor que, si bien ausente del hogar, sigue convocando sentimientos de afecto y lealtad.

Cada uno de estos *efectos* (ausencia, abandono, conflictos conyugales, competencia y sustitución) refiere a situaciones de potencial tensión psicológica para los niños y todos pueden combinarse en formas muy complejas y con resultados muy diversos. Pero la consideración del conjunto de ellos implica que los niños que viven en hogares reconstituidos han sufrido más cambios e inestabilidades en su entorno social más próximo que los que forman parte de la

mayoría de las restantes configuraciones familiares. El número de cambios familiares a que han sido expuestos los niños parece tener importantes efectos sobre sus comportamientos.¹⁶

También es conveniente señalar que, en circunstancias familiares relativamente similares, la severidad, así como el carácter más o menos permanente de los eventuales daños para los niños, dependerá en buena medida de los recursos, la disposición y la capacidad de los adultos para neutralizar o compensar las situaciones que los producen. Debemos recordar a este respecto que, en el caso de cónyuges que mantienen compromisos financieros y/o afectivos con su anterior familia, el hacerse cargo de la nueva responsabilidad puede implicar un desdoblamiento de esfuerzos que pone límites a la inversión de sus recursos y capacidades en el nuevo hogar.

3.4. Los conflictos de pareja en las familias

A través del análisis de la percepción que tienen las madres sobre asuntos que reflejan visiones conflictivas del rol del hombre en la familia, en este apartado nos proponemos aproximarnos a la calidad de las relaciones de pareja y sus posibles efectos sobre el rendimiento educativo de los niños.

Diversos estudios se han centrado en los efectos del clima de convivencia familiar sobre la eficiencia de los procesos de socialización infantil, sobre el supuesto de que los niños incorporan mejor los recursos necesarios para una buena inserción en la sociedad cuando esos recursos se transmiten en familias en las que prima la convivencia armoniosa. Pese a la aparente simplicidad de estas ideas, los estudiosos del tema encuentran dificultades para poner a prueba las relaciones entre distintos tipos de estructuras familiares y el clima de convivencia familiar, lo que entre otras cosas se refleja en la escasa acumulación de conocimientos en esta línea de análisis.

Esas dificultades se deben en gran medida a que las fuentes de datos existentes no brindan información útil para indagar sobre los patrones de convivencia familiar, pero también al costo de los procedimientos que permitirían hacer el seguimiento de la situación y las reacciones de los niños en distintas etapas de las trayectorias conyugales de sus padres biológicos. En nuestro caso, algunas preguntas dirigidas a investigar las prácticas de crianza nos permiten avanzar en la exploración de las imágenes que tienen las mujeres del papel del hombre en la familia, así como de la fluidez en la comunicación de la pareja. Esas preguntas no hacen mención al vínculo específico de la madre con su compañero, sino que investigan en términos generales su percepción acerca del tipo de experiencias que viven las mujeres en las relaciones de pareja. Nuestro supuesto es que esas percepciones reflejan, al menos parcialmente, las vicisitudes de la historia conyugal de las madres.

A cada entrevistada se le preguntaba si estaba de acuerdo o no con una serie de afirmaciones. De ellas, y a los efectos de simplificar la interpretación de los resultados, se seleccionaron solo cuatro. Estas hacen referencia a dificultades en la comunicación, a la valoración del rol masculino en las funciones de crianza de los niños o, directamente, a conflictos en la relación. Con las respuestas se elaboró un índice sumatorio simple, cuyo valor máximo corresponde a la cantidad de afirmaciones que suponen conflicto en los vínculos de pareja y a las que las madres responden afirmativamente. De esta forma, el índice

¹⁶ Wu Li, B. Martison: "Family structure and the risk of a premarital birth", en *American Sociological Review* n.º 58, 1993, pp. 210-232.

oscila entre los valores 0 y 4, y es este último valor el que refleja la posición más crítica en cuanto a la calidad percibida de las relaciones conyugales. Los valores fueron posteriormente categorizados como bajo (0), medio (1 y 2) y alto (3 y 4)

Las afirmaciones que están contempladas en el índice son las siguientes:

- Para evitar líos y discusiones, es mejor que cada uno esté en lo suyo y hable solo lo necesario.
- Los hombres solo sirven para complicar la crianza de los hijos...
- Para qué hablar si se acaba a los gritos.
- Los hombres sirven para darnos hijos y dolores de cabeza.

El cuadro 6 muestra la distribución de las madres según el índice de percepción de conflicto en las relaciones conyugales, por tipo de estructura familiar.

En primer término se observa que las que pasaron por experiencias de ruptura familiar exhiben valores del índice mayores que las madres que conviven con el padre de sus hijos. En efecto, si observamos la columna con los valores más altos en el índice de conflicto, podemos corroborar que el porcentaje de las madres en familias reconstituidas duplica el de las madres unidas con el padre biológico de sus hijos y triplica el de las madres casadas con el padre biológico de sus hijos.

Por cierto, el hallazgo anterior no nos dice nada acerca de la dirección causal entre esas dos variables. Cabe reconocer la posibilidad de que estén operando fenómenos de selectividad, por los cuales las personas que contraen matrimonio sean aquellas que tienen imágenes, actitudes y expectativas sobre el otro sexo diferentes de las que exhiben las que no formalizan sus uniones. Pero cualquiera sea la dirección de la causalidad, la consideración de esta evidencia revela que los niños en familias que conviven con un padre no biológico tienen mayor probabilidad de estar expuestos a un ambiente familiar conflictivo —y, por ende, potencialmente más inestable— que los que viven con ambos padres biológicos. Y ello es así tanto en los hogares con clima educativo bajo como en aquellos con clima educativo alto.

Cuadro 6. Porcentaje de madres por índice de conflicto de pareja, según clima educativo del hogar y tipo de arreglo familiar

Clima educativo	Tipo de arreglo familiar	Índice de conflicto de pareja			Total
		0	1-2	3-4	
Bajo (hasta 6 años)	Casados	48,7	42,2	09,0	100,0 (199)
	Unión consensual	49,3	36,7	14,0	100,0 (150)
	Reconstituidos	30,5	42,4	27,1	100,0 (59)
	Total	46,3	40,2	13,5	100,0 (408)
Alto (más de 6 años)	Casados	65,7	29,5	04,8	100,0 (501)
	Unión consensual	65,0	28,6	06,4	100,0 (220)
	Reconstituidos	57,3	30,2	12,5	100,0 (96)
	Total	64,5	29,4	06,1	100,0 (817)

Fuente: Elaboración propia utilizando la base de datos del Programa Infancia y Familia.

Si los diferenciales de logros educativos de los niños en familias con distintos tipos de estructura fueran debidos a los niveles medios de conflicto en las relaciones conyugales que caracterizan a cada una de ellas, deberíamos esperar una reducción significativa de esos diferenciales cuando controlamos los niveles de conflicto. El cuadro 7 pone a prueba esta expectativa.

Cuadro 7. Porcentaje de niños de 7 a 14 años con extraedad por índice de conflicto percibido por sus madres, según clima educativo y tipo de arreglo familiar

Clima educativo	Tipo de arreglo familiar	Índice de conflicto de pareja			Total
		0	1-2	3-4	
Bajo (hasta 6 años)	Unión consensual	35	32	64	40
	Casados	38	38	57	40
	Reconstituidos	52	54	67	55
	Total	39	39	62	42
Alto (más de 6 años)	Unión consensual	22	35	23	26
	Casados	24	23	29	24
	Reconstituidos	33	49	22	38
	Total	25	30	27	27

Fuente: Elaboración propia utilizando la base de datos del Programa Infancia y Familia.

Comparando, en cada una de las tres columnas centrales, las diferencias entre los porcentajes de extraedad de niños en distintos tipos de arreglos familiares y las que resultan de las mismas diferencias en la última columna, encontramos que solo en los casos de valores altos del índice de conflicto se observa una reducción de las diferencias en extraedad que se pueden atribuir a los distintos tipos de familias. Ello da pie a sospechar que, de las muchas dimensiones de la situación a la que están expuestos los niños en familias con trayectorias conyugales inestables, su comportamiento escolar es afectado por el conflicto de pareja solo cuando éste es intenso, mientras que en los demás casos podría estar respondiendo más bien a alguna combinación de los restantes factores que intervienen en los casos de disolución de la pareja original, a saber, la ausencia de la figura paterna, los sentimientos de abandono, la competencia intrafamiliar y/o la sustitución de uno de los padres biológicos en el hogar.

4. Consideraciones finales

La evolución de las diferencias entre los logros educativos de los niños de distintas clases sociales es un indicador clave del carácter más o menos virtuoso de los cambios que experimenta una sociedad. Entre otras cosas, porque refleja la determinación y la eficacia con que los responsables de las políticas públicas procuran promover la equidad social a través de intervenciones que disocian los logros educativos de las características socioeconómicas de las familias de origen.

En particular, dos de esas características han probado ser importantes predictores de las variaciones en los rendimientos escolares de los niños. Se trata de las formas de constitución de las familias y del tipo y nivel de los recursos que poseen y movilizan. Los cambios profundos que están experimentando las familias en ambas características afectan sus capacidades para socializar a las nuevas generaciones. Como esos cambios se producen con modalidades y ritmos distintos según las clases, su conocimiento pormenorizado resulta indispensable para mejorar nuestra comprensión de los mecanismos a través de los cuales se producen y reproducen las desigualdades sociales.

Los datos que se conocen para los últimos cincuenta años muestran que en la sociedad uruguaya se produjo un claro aumento de los nacimientos concebidos fuera del matrimonio

y de la inestabilidad de las relaciones conyugales. Con ello, también aumentó la proporción de niños que no conviven con ambos padres biológicos.

Esta situación aumenta las dificultades que enfrentan las familias para cumplir sus funciones en la reproducción social. Esto es así porque, por un lado, la ausencia o insuficiencia de aportes de uno de los progenitores reduce el volumen de recursos familiares disponibles para la crianza. Por otro, porque las funciones de socialización son afectadas por la fragilidad de las nuevas estructuras familiares y la incertidumbre con respecto a su estabilidad. Con sus capacidades de socialización debilitadas, estas familias deben, además, preparar a sus hijos para satisfacer los niveles rápidamente cambiantes de habilidades cognitivas y destrezas sociales que requerirá su incorporación a los circuitos económicos y sociales principales.

Pero también se observan cambios que alivian el cumplimiento de esas funciones. Se trata de modificaciones en el comportamiento y en la situación de las mujeres que, al contrario de los recién mencionados, fortalecen la capacidad de socialización familiar. Nos referimos, por ejemplo, al aumento de la edad media del primer embarazo, a la reducción de las tasas de fecundidad, a la notable expansión de los años de estudio que completan las madres y al también notable aumento de sus tasas de participación en el mercado de trabajo. Los hogares en que se verifican esos cambios cuentan con mayores recursos humanos y financieros para lidiar con cargas reproductivas menores. Ese balance los coloca en mejores condiciones que otros para enfrentar los desafíos de la reproducción social, pese a estructuras familiares más inestables, relaciones conyugales más conflictivas y exigencias mayores en cuanto a los montos de inversión que demanda el desarrollo de cada niño.

El balance entre recursos y obligaciones, sin embargo, es diferente en los distintos estratos sociales. En primer lugar, el peso de los hogares monoparentales y los reconstituidos, y por ende la fragilidad de las estructuras familiares, es mayor en los estratos populares urbanos que en el resto de la población de las ciudades. Segundo, las tasas de participación femenina aumentan, pero para las mujeres de los estratos populares el vínculo con el mercado de trabajo se torna muy frágil. Al respecto, y tal como sucede entre los hombres, también se observa una ampliación de las brechas en las tasas de participación, en las tasas de desempleo, en el acceso a ocupaciones formales y en el ingreso, entre mujeres calificadas y no calificadas, todo lo cual incrementa las diferencias en cuanto al aporte que pueden hacer esas madres al ingreso de sus hogares. Tercero, también se acentúan las diferencias interclase en cuanto a la edad del primer embarazo y a las tasas de fecundidad.

La consideración de todos estos factores ayuda a entender las diferencias entre estratos en cuanto a la capacidad de socialización de las nuevas generaciones. Mientras las familias de los estratos medios y altos parecen haber encontrado vías para alcanzar un mejor equilibrio entre recursos y demandas, en las familias de los estratos populares urbanos esa relación muestra un desajuste creciente.

Las diferencias señaladas tienen importantes implicaciones sobre la configuración de los recursos familiares disponibles para la atención de los niños y también sobre las probabilidades de que éstos queden expuestos a las tensiones emocionales que usualmente acompañan la disolución de las familias. En el texto describimos la compleja combinación de factores de tensión que pueden incidir sobre los niños entre la disolución de la pareja original y la constitución de una nueva. Si bien no contamos con evidencia sobre cuán intensos y cuán prolongados puedan ser esos efectos, no parece razonable negar su existencia. Tampoco resulta razonable desconocer que los padres que procuran resguardar a

sus hijos de las potenciales consecuencias negativas de inestabilidades y conflictos en las relaciones conyugales se ven forzados a dedicar tiempo y recursos adicionales a su cuidado y protección, sobrecarga que en la mayoría de los casos recae sobre las madres.

A juicio de los autores, uno de los resultados más interesantes presentados en el texto es la fuerte asociación negativa entre el cociente niños/adultos en el hogar y los logros educativos de los hijos. Dicho cociente remite a dos dimensiones del comportamiento de las madres de baja educación: la monoparentalidad, en sus distintas formas, y el alto número de hijos. La asociación negativa antes mencionada reflejaría entonces los efectos de la coetaneidad entre comportamientos propios de la primera y de la segunda transición demográfica. La superposición de esos dos fenómenos señala un punto crucial de intervención para las políticas que procuran neutralizar los efectos de la herencia social. Para elaborar esas políticas resulta imprescindible un conocimiento mayor de las causas de las altas tasas de fecundidad entre las madres urbanas con baja educación.

La vía más transitada por los demógrafos que buscan entender las variaciones en las tasas de fecundidad es la de profundizar la relación inversa entre los niveles de educación de las mujeres y la distancia entre la reproducción deseada y la real (Schkolnik y Chackiel, 2004). Esa búsqueda los encamina a evaluar el nivel de conocimiento sobre métodos anticonceptivos, así como el acceso a las fuentes de información y a los elementos específicos que permiten controlar la reproducción.

El análisis de la oferta de esos servicios en los barrios populares urbanos de Uruguay permite concluir que el Estado no ha sido para nada prescindente en esos aspectos. En particular, la rápida expansión de las clínicas barriales amplió la oferta de charlas periódicas sobre control de la natalidad, así como el acceso gratuito a materiales anticonceptivos y a controles sobre distintos tipos de enfermedades que afectan principalmente a las mujeres.

Si bien no se puede negar que entre las mujeres de baja educación la existencia de esas facilidades está actuando como freno a la maternidad adolescente o a la elevación de las tasas de fecundidad, lo cierto es que nada indica que se esté atenuando la brecha de fecundidad entre estas mujeres y las más educadas. Una línea de interpretación de este hecho está bien sintetizada por Cleland (2002), quien tras un análisis detallado de la literatura sobre el tema concluye que gran parte del efecto de la educación sobre la fecundidad se canaliza a través de una mayor identificación y confianza en las instituciones modernas, entre las que se incluyen las que proveen salud, lo que favorecería una propensión a “trasladar a prácticas anticonceptivas el deseo de postergar o limitar los nacimientos”.¹⁷

Otra línea de interpretación se dirige más bien a poner en cuestión la firmeza de ese deseo. Debe tomarse en cuenta a este respecto que, desde el punto de vista de las mujeres que han abandonado la esperanza de una mejora significativa de sus condiciones de vida a través del trabajo, la maternidad plantea costos de oportunidad relativamente bajos. En ese contexto, es probable que la voluntad de limitar la procreación sea menos vigorosa que en el caso de las clases medias, donde está articulada y apuntalada por proyectos de realización personal y familiar en los que el control sobre el número de hijos juega un papel central. Estas consideraciones permiten reformular bajo un paraguas conceptual más amplio las observaciones de Cleland, concibiendo la debilidad de la identificación y de la confianza en las instituciones modernas como otra de las muchas formas en que las muje-

¹⁷ John Cleland: *Education and future fertility trends, with special reference to mid transitional countries*, <www.un.org/esa/populations/completingfertility>, 2002, traducción de los autores. Agradecemos a Jorge Rodríguez el haber llamado nuestra atención sobre este documento.

res de baja educación reaccionan ante la marginalidad o la exclusión de los circuitos sociales y económicos principales de sus sociedades. Sin duda, esas situaciones no estimulan la adopción de lógicas de largo plazo que premian la inversión en la educación de los niños y que llevan a decisiones reproductivas compatibles con esa meta.

Por último, debemos reconocer que, dada la multiplicidad de factores que es necesario controlar, la puesta a prueba de hipótesis que afirman la existencia de una relación causa-efecto entre dimensiones específicas de la dinámica familiar y el rendimiento educativo de los niños es altamente compleja y muy costosa. Ello hace pensar que, tanto en Uruguay como en otros países de la región, será difícil hacer a corto o a mediano plazo afirmaciones contundentes sobre esta materia. Cuando las limitaciones de la información son tan evidentes, el investigador enfrenta el desafío de formular conjeturas que resulten lo suficientemente razonables y sugerentes como para persuadir a sus colegas de que vale la pena seguir invirtiendo esfuerzos en la línea propuesta. Obviamente, ello depende de que los datos, aun con todas sus debilidades, brinden alguna credibilidad a las conjeturas. Pero más que eso, depende de que el investigador pueda enmarcarlas en algún embrión de teoría que ordene las distintas piezas en un cuadro inteligible e interesante.

En este documento, el embrión de marco conceptual que se propone para ordenar y dar sentido a los datos examinados afirma que los logros educativos relativamente bajos de los niños pobres urbanos en Uruguay pueden ser explicados por una compleja combinación de factores. Estos hacen a cambios en las mismas familias, así como a las relaciones de éstas con el mercado y con el Estado.

Como mencionamos, desde el punto de vista de las dinámicas familiares entre los pobres urbanos el fenómeno más importante es la coetaneidad de aspectos de la primera y la segunda transición demográfica, lo que se traduce en un aumento de la proporción de familias con estructuras frágiles y cargas reproductivas altas. Para el análisis del impacto de ese tipo de familias sobre los rendimientos escolares se tomó como eje la noción de *capital social intrafamiliar*.

Desde el mercado importan dos cosas. Por un lado, la fuerte elevación de los requerimientos para el acceso a los "empleos decentes" que enfrentan las nuevas generaciones. Por otro, el debilitamiento de los vínculos que mantienen los adultos con el mundo laboral, las incertidumbres que ello genera con respecto a la estabilidad de los ingresos y de las protecciones sociales, y las trabas que de allí se derivan para las estrategias familiares de inversión a largo plazo necesarias para que los hijos alcancen los niveles de calificación requeridos por el mercado.

Desde el Estado importa cómo enfrentar las inercias de estructuras del sistema de bienestar ancladas en otras realidades familiares, de modo de crear las condiciones para reorientar la acción pública en apoyo de las nuevas estructuras familiares.

En suma, todo parece indicar que, si la sociedad uruguaya no encuentra formas eficientes y rápidas para actuar sobre cada uno de estos factores, le será difícil independizar los logros educativos de los niños pobres de los efectos de las nuevas dinámicas de sus familias y, con ello, le será también difícil frenar las actuales tendencias hacia una creciente inequidad en sus estructuras sociales urbanas.

Bibliografía

- CABELLA, W.: "Efectos del divorcio sobre el desempeño educativo y social de los niños: evidencia nacional e internacional", en *Nuevas formas de familia: Perspectivas nacionales e internacionales*, Montevideo: UNICEF y Universidad de la República, 2003.
- CABELLA, W., y A. VIGORITO: "Los hombres y sus incertidumbres", en *Cotidiano Mujer* n° 38, Montevideo, 2002.
- CLELAND, J.: *Education and future fertility trends, with special reference to mid transitional countries*, <www.un.org/esa/populations/completingfertility>, 2002
- COLEMAN, J.: "Social Capital in the Creation of Human Capital", en *American Journal of Sociology*, vol. 94, suplemento S95-S120, 1998.
- FEIJÓO, M. del Carmen: En *Comentarios al debate sobre "Nuevas dinámicas familiares y su impacto en la escolarización de los adolescentes"*, <www.siteal.iipe-oei.org>, 2005.
- FILGUEIRA, C.: *Sobre revoluciones ocultas: la familia en el Uruguay*, documento de la Oficina de la CEPAL en Uruguay, LC/MVD/R.141. Rev. 1, 1996.
- KAZTMAN, R.: "Marginalidad e integración social en Uruguay", en *Revista de la CEPAL* n° 62, Santiago de Chile, 1997.
- KAZTMAN, R., y F. FILGUEIRA: *Panorama de la infancia y la familia en Uruguay*, Montevideo: Universidad Católica de Uruguay e Instituto Interamericano del Niño-OEA, 2001.
- LESTHAEGHE, R.: "The Second Demographic Transition in Western Countries", en K. O. Mason y A. M. Jensen (eds.): *Gender and family change in industrialized countries*, Oxford: Clarendon Press, 1995.
- McLANAHAN, S., y G. SANDEFUR: *Growing up with a single parent: what helps, what hurts*, Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 1994.
- TEACHMAN, J. D.: "Social Capital and the Generation of Human Capital", en *Social Forces*, vol. 75, n° 2, junio de 1997, p. 1343 (17).
- O'BRIEN, M., y D. JONES: "Children, parental employment and educational attainment. An English case study", en *Cambridge Journal of Economics*, n° 23, 1999, pp. 599-621.
- PAREDES, M.: "Los cambios en la familia en Uruguay: ¿hacia una segunda transformación demográfica?", en *Nuevas formas de familia: Perspectivas nacionales e internacionales*, Montevideo: Universidad de la República y UNICEF, 2003.
- SCHKOLNIK, S., y J. CHACKIEL: "Los sectores rezagados en la transición de la fecundidad en América Latina", en *Revista de la CEPAL* n° 83, Santiago de Chile, agosto del 2004.
- WU LL, MARTISON, B.: "Family structure and the risk of a premarital birth", en *American Sociological Review* n° 58, 1993, pp. 210-232.
- VAN DER KAA, D.: "Europe's second demographic transition", en *Population Bulletin*, vol. 42, n° 1, Nueva York, 1987.

■ *Resumen*

Los diferenciales de logros educativos entre distintas clases sociales proveen indicadores claves para diagnosticar si una sociedad se está acercando o se está alejando del ideal de integración sobre bases de equidad. Partiendo de la hipótesis de que los cambios profundos que están experimentando las familias en su organización y en sus configuraciones de activos afectan su capacidad para socializar a las nuevas generaciones, este documento busca aportar antecedentes útiles para reducir los espacios de ambigüedad en la interpretación de las relaciones entre familia y educación en los estratos bajos urbanos. Son muchos los trabajos que, al mostrar que esos cambios se producen con modalidades y ritmos distintos según las clases, sugieren que los avances en el conocimiento detallado de sus características mejorarán nuestra comprensión de los mecanismos a través de los cuales se producen y reproducen las desigualdades sociales. Apoyado en un marco analítico que hace explícitas las conexiones causales esperadas, el documento analiza información recogida en el proyecto sobre “Infancia y familia en las 100 zonas más vulnerables del Uruguay urbano”. Los resultados corroboran que la combinación de altas cargas reproductivas, fragilidad de los arreglos familiares y escasez de activos movilizables son importantes predictores de los logros educativos de los niños de hogares pobres urbanos.

Palabras clave: familia, sociedad, Uruguay, educación, desigualdad, infancia, pobreza.

■ *Abstract*

The stratification of educational achievement along class lines provide key signals for the evolution of a society in terms of integration on the basis of equity. This document explores the role that present characteristics of urban lower class families in Uruguay may be playing in the educational achievement of their children. The document relies in an ample set of studies suggesting that different types of family arrangements and different types of configuration of assets may be important predictors of children school performance. On the basis of an analytical framework in which the expected causal connections are made explicit, the article analyzes information collected in a national project on Childhood and Families in the most vulnerable urban areas of the country. The results underline the crucial role that a combination of high fertility rates, fragile family arrangements and a weak portfolio of physical and human assets is having in the educational achievement of the Uruguayan children in the poor households of the country.

Key words: Family, Society, Uruguay, Education, Inequality, Childhood, Poverty.

Copyright of Prisma is the property of Universidad Catolica del Uruguay Damaso Antonio Larranaga and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.